

**J. M.<sup>a</sup> Rambla, J. I. González Faus,  
Colectivo M.O., I. Iglesias, D. Aleixandre,  
B. González Buelta, J. Renau**

# **TRADICION IGNACIANA Y SOLIDARIDAD CON LOS POBRES**



**Mensajero**



**Sal Terrae**

# Espiritualidad ignaciana y profetismo

por DOLORES ALEIXANDRE R.S.C.J. \*

---

Tengo que empezar reconociendo que ignoro si Ignacio de Loyola leyó alguna vez detenidamente a los Profetas. En caso de que lo hiciera, no creo que haya huellas explícitas en sus escritos. Por eso, el método que he utilizado para estas reflexiones ha sido el de una *lectura meditativa* de la *Autobiografía*, de los *Ejercicios* y del *Diario*, dejando que me acudieran «resonancias proféticas».

En su artículo sobre este mismo tema, W. Peters comienza diciendo: difícilmente podemos encontrar en S. Ignacio nada parecido a la oposición audaz del profeta contra las situaciones intolerables y las prácticas reprobables que se dan en la Iglesia. No es ni un rebelde ni un iconoclasta. En nada se parece a los profetas antiguos (...). Se mire como se mire, en la vida de Ignacio difícilmente se encontrarán los rasgos distintivos del verdadero profeta<sup>1</sup>.

«Se mire como se mire...» ¿no será que hay que mirar más abajo, más adentro, allá donde el agua subterránea del Espíritu irriga y fecunda secretamente todas las tierras que se hacen permeables a su acción? Porque es ahí, en ese nivel, donde se dan las convergencias profundas y auténticas.

Sólo si tratamos de buscar cuáles son las convicciones más hondas de Ignacio podremos afirmar o negar su parentesco espiritual con los Profetas de Israel y, en concreto, en un aspecto que me parece especialmente interesante: si existe convergencia

---

\* DOLORES ALEIXANDRE R.S.C.J., profesora de Sagrada Escritura en la Universidad de Comillas en Madrid.

<sup>1</sup> W. PETERS, «San Ignacio de Loyola, profeta», *Concilium* 37, 1968, pp. 28-45.

entre el concepto de hombre que tiene Ignacio y el que aparece en los llamados «profetas de conversión», los grandes profetas del siglo VIII a.C.

Un análisis detenido de los escritos de Ignacio arriba mencionados, creo que permite hacer estas afirmaciones antropológicas que confrontaremos después con las proféticas.

## I

### CAPACIDAD PARA EXPERIMENTAR INMEDIATAMENTE A DIOS

Para Ignacio *el hombre está hecho para la relación con Dios* (EE 23), *puede experimentar directamente* y la única actitud posible ante esa inmediatez de Dios es la apertura radical, la «reverencia y acatamiento» (*Diario* 156; 159; 160; 162; 172; 174; 178; 187).

*El hombre puede buscar a Dios, conocerle y hallar su voluntad en el mundo (EE 1); puede disponerse y prepararse para ello, aunque la experiencia de la inmediatez de Dios sea un don gratuito.*

*El hombre responde por medio del servicio y la alabanza y en eso consiste su salvación y su verdadera vida* (EE 23).

K. Rahner pone estas palabras en boca de Ignacio: «Cuando afirmo haber tenido una experiencia inmediata de Dios lo único que digo es que experimenté a Dios, al innumerable e insondable, silencioso y, sin embargo, cercano, en la tridimensionalidad de su donación a mí. Experimenté a Dios también y sobre todo, más allá de toda imaginación plástica. A El, que, cuando por su propia iniciativa se aproxima por la gracia, no puede ser confundido con ninguna otra cosa»<sup>2</sup> (cfr. EE 330).

Para Ignacio lo que sorprende y desborda es lo propio de Dios que no es manipulable ni programable. La experiencia de Dios es global y totalizante y esta dimensión de totalidad, más presente en los EE que la del «más», aparece con claridad en las peticiones de la contemplación para alcanzar amor (EE 233-234).

Pero ese Dios del misterio inefable, desciende a lo contingente, se acerca al hombre, se le revela y se da a conocer (EE 104, 131,

<sup>2</sup> K. RAHNER, *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*, 4.

233-237). Es un *conocimiento* que no es el resultado del esfuerzo o del estudio y por eso hay que pedirlo. Es Dios quien se comunica, mueve e impulsa, quien da el consuelo y la paz (EE 2, 15, 16, 316, 329, 330, 336), quien enseña como un maestro a un niño (*Autob.* 27).

Lo que Dios comunica al hombre es, ante todo, su voluntad y esa voluntad adquiere la plenitud de su revelación en la historia y especialmente en la vida de Cristo (EE 91,139).

«Tuve la experiencia de que en el espacio de esa mi libertad y de sus posibilidades el Dios infinitamente libre se adueñaba, con especial amor, de una de mis posibilidades y no de otra; y aquella y no ésta, dejaba transparentar a Dios, pero no desfigurándolo, sino haciendo posible amar a Dios en ella y a ella en Dios, manifestándose de este modo como “la voluntad de Dios”. (...) fui aprendiendo a discernir entre aquellas cosas en las que la incomprendibilidad del Dios sin límites trataba de hacerse accesible a través de lo limitado, y aquellas otras que, a pesar de ser empíricamente experimentables y tener sentido por sí mismas, seguían siendo en cierto modo oscuras y no transparentaban a Dios»<sup>3</sup>.

Ignacio siente su vida como una peregrinación en la que Dios ha estado presente y hace de ella un rastreo del «quid agendum» (*Autob.* 12, 21, 50, 70, 74 y 85) y la pregunta va del exterior al interior. Ante esa voluntad que llama al hombre, éste no puede permanecer sordo (EE 91); debe «preparar y disponer el ánimo para hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud de su ánimo» (EE 1).

En esta búsqueda, Ignacio da una especial importancia a la *confrontación con la realidad*: su método es ir eliminando proyecciones, ilusiones, afecciones que impiden encontrar lo que Dios quiere. El examen parte de la convicción de que Dios quiere y puede comunicarse con el hombre y que éste puede captarlo (EE 43) para ordenar su vida conforme a ella.

«Existe una relación estrecha entre este “ordenar la vida” y “salvar el ánimo”, ya que “ánimo” para Ignacio es el sujeto de la historia salvífica. La salvación del alma se historifica en la ordenación de la vida que es la salvación de la libertad frente a sus alienaciones. (...) La vida para Ignacio no es mera facticidad, es res-

<sup>3</sup> Id., o.c., 10.

ponsabilidad y es historia. La inserción en la historia de salvación se da por la libertad del hombre que acepta la curación radical de su libertad y que estructura una existencia, un proyecto en el cual el designio de Dios se va haciendo transparente. La ordenación de la vida se hace posible porque hay una vocación en el hombre y porque esa vocación se va desvelando en los procesos históricos. La historia es el lugar de este descubrimiento, pero es también el objeto y el término de la libertad»<sup>4</sup>.

### Mirando a los profetas

Al dirigir ahora la mirada a los Profetas de Israel, nos encontramos con su experiencia «temblorosa» de la realidad divina que vuelca radicalmente su existencia anterior; de ello son testimonio sus relatos de conversión. «No hay ninguno de ellos que no deba su nuevo conocimiento de Dios a haber visto rota la vida que hasta entonces habían llevado, hechos añicos los planes y pensamientos que hasta entonces habían regulado su relación con el mundo, descubriendo en su lugar la *irrupción* de un potente imperativo divino que le convertía en obligación algo antes no considerado ni como posibilidad.

Experimentan esa presencia como algo que irrumpe con violencia y tiende a trastocar absolutamente todo lo existente, como algo que, imponiéndose con fuerza, conmueve los cimientos del mundo y de la humanidad.

El profeta en el momento de la vocación se sabe situado frente a Dios, tomado por su mano, interpelado por una palabra que viene directamente dirigida a él. Los Profetas no moralizan, sino que se sitúan ante la *inmediata e impresionante presencia de Dios*, y al hombre que pretende andar sus caminos en solitario, le hacen tomar conciencia de la presencia de un «segundo» que lo sigue con mirada atenta y lo sitúa ante la cuestión decisiva de su vida. La presencia divina es experimentada como misterio, como el fuego abrasador de una voluntad apasionada que sólo puede ser bien conocida por la vivencia de su irrupción en la misma existencia<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> R. ANTONCICH, *Ejercicios y liberación del hombre*, Lima, 1982, pp. 31 y 73.

<sup>5</sup> W. EICHRODT, *Teología del A.T.*, Madrid, 1975, p. 313.

En el comienzo de la palabra profética está la *vivencia sobreco-gedora de la santidad de Dios*. Yahvé y el hombre pertenecen a dos mundos diferentes: el de lo sagrado y trascendente y el de lo impuro, lo insignificante, lo totalmente dependiente.

«El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Y vi serafines en pie junto a El, cada uno con seis alas (...). Y se gritaban uno a otro diciendo: ¡Santo, santo, santo, el Señor de los ejércitos, la tierra está llena de su gloria! Y temblaban los umbrales de las puertas al clamor de su voz y el templo estaba lleno de humo. Yo dije: ¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos» (Is 6,1-15).

«El Señor me dirigió la palabra: antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta de los paganos. Yo repuse: ¡Ay Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho» (Jer 1,4-6).

«Por encima de la plataforma que estaba sobre las cabezas de los seres vivientes, había una especie de zafiro en forma de trono: sobre esta especie de trono sobresalía una figura que parecía un hombre (...). Estaba nimbado de resplandor. El resplandor que lo nimbaba era como el arco que aparece en las nubes cuando llueve. Era la apariencia visible de la gloria del Señor. Al contemplarla, caí rostro a tierra y oí la voz de uno que me habla. Me decía: Hijo de Adán, ponte en pie que voy a hablarte» (Ez 1,26-2,1).

Ante la majestad de Dios sólo es posible la actitud de *humilde acatamiento* (Is 2,11-18) y el mayor error del hombre es el orgullo en todas sus manifestaciones: arrogancia (Is 2,12; 3,9a.16; 9,8-9), exaltación de la sabiduría humana (Is 5,20-21), construcciones lujosas, autoafirmación por encima de los derechos de los otros, especialmente de los débiles (Am 6,1-8; 13-14; Mi 2,1-5; Sof 3,1-4; Jer 2,13-19).

Dios ofrece una verdadera relación con El y los profetas la expresan a través de imágenes de relación humana: la conyugal (Os 2,4-25; Jer 2,2; Ez 16,6-14) y la filial (Os 11,1-4; Jer 3,3).

Pero esa relación no es incondicional: requiere del hombre una *búsqueda sincera de su Dios*:

«Buscad al Señor y viviréis» (Am 5,6; cfr. Is 26,9.16; Os 3,5; 5,15).

Porque Dios *se da a conocer y revela al hombre su voluntad y su plan sobre él y sobre la historia:*

«Todo son cítaras y arpas, panderetas y flautas y vino en sus banquetes, y no atienden a la actividad de Dios ni se fijan en la obra de su mano» (Is 5,12; cfr. 22,11; 28,29; 29,14,24).

«Hombre, ya te he explicado lo que está bien, lo que el Señor desea de ti: que defiendas el derecho y ames la lealtad y que seas humilde con tu Dios» (Mi 6,8).

A esa relación de familiaridad con el actuar divino lo llaman los profetas *«conocimiento»*. Conocer a Yahvé es para ellos una relación de comunión recíproca y personal, un ponerse a disposición suya. Según la mentalidad de Israel, no puede haber un verdadero saber que no sea también acción. Conocer a Yahvé es una actitud que incluye el comportamiento práctico: tener familiaridad, interesarse por, reconocer. Es el respeto y reconocimiento obediente a Yahvé y a su exigencia, es la asociación con él alcanzada viviendo conjuntamente con él.

*El aspecto más significativo* del conocimiento de Yahvé que propugnan los profetas está en que no se da en el terreno del culto sino en la de las relaciones sociales y políticas, *en la esfera de lo intrahistórico*.

«Si tu padre comió y bebió y le fue bien, es porque practicó la justicia y el derecho; hizo justicia a los pobres e indigentes y eso sí que es conocern e, oráculo del Señor» (Jer 22,15-16).

Las cosas que horrorizaron a los profetas, son hoy sucesos cotidianos en todo el mundo. En nuestro concepto la injusticia es injuriosa para el bien de la gente: para los profetas es un golpe mortal a la existencia. Para nosotros es un episodio, para ellos, una catástrofe. Hablan y actúan como si el cielo fuera a desplomarse porque se han atropellado los derechos de un huérfano o de una viuda<sup>6</sup>.

El tema de *la vida y de la salvación* aparece también en estrecha vinculación con la relación con Dios:

«Como un ave aleteando, el Señor de los ejércitos protegerá a Jerusalén: protección liberadora, rescate salvador» (Is 31,5).

<sup>6</sup> A. J. HESCHEL, *Los profetas*, vol. II, Buenos Aires, 1973, p. 118 ss.

«El Señor es mi Dios y Salvador; confiaré y no temeré, porque mi fuerza y mi poder es el Señor, El fue mi salvación. Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación» (Is 12,2-4; cfr. Am 5,1; Os 3,5; 5,6; 6,1).

## II

### LA LIBERTAD DEL HOMBRE

Otra convicción de Ignacio es que *el hombre es libre y es en esa libertad donde se da el encuentro con Dios*.

«Ignacio está persuadido de que la libertad es autonomía radical. Nada puede forzar un acto libre: la conversión implica una decisión desde dentro. Pero el concepto de libertad en Ignacio es también un concepto relacionado con la heteronomía de otra voluntad distinta a la del ejercitante. El centro de gravitación de la autonomía personal está en la voluntad de Dios de modo que para Ignacio no hay realización humana que no se logre en la obediencia. El servicio de Dios no es alienante, sino precisamente lo contrario»<sup>7</sup>.

Lo nuclear de la persona es aquello que es auténticamente suyo, no condicionado, lo que sale de *su propia libertad*. Para Ignacio hay una conciencia inmediata (mociones, pensamientos...) y una conciencia profunda; entre ambas media la atención que confronta y que se ejercita en el examen.

La insistencia de Ignacio en la *preparación y disposición* (EE 7, 45, 46, 49, 55, 62, 135...) nos sitúa en el plano de la libertad y de la responsabilidad ética. El *poder preparar* indica la capacidad de opciones personales y lo mismo puede decirse de otras expresiones: «determinación deliberada» (EE 38); «buscar con diligencia lo que tanto desea» (EE 20); «andando siempre a buscar lo que quiero» (EE 76); «trabajando con diligencia en primera semana para alcanzar lo que busca...» (EE 11).

*La posibilidad de elección* subraya, sobre todo, esa libertad del hombre (EE 169-189).

<sup>7</sup> R. ANTONCICH, *o.c.*, pp. 150-151.

El *ordenar la vida* (EE 21) es otra expresión clave propia de la autonomía, del responder de sí mismo. Nada ni nadie puede suplir esta decisión que sólo nace de dentro. Sin embargo, el elegir la vida y estado, constituye también el haber sido elegido (EE 147) por el Señor para eso. Se trata también del momento máximo de la heteronomía, de ser regido y gobernado por Dios.

Un rasgo peculiar de Ignacio es su insistencia en hacer pasar las distintas elecciones por el terreno de la *riqueza-pobreza*. Ninguna de ellas queda en el ámbito puramente «espiritual». Cada vez que Ignacio pone al ejercitante en confrontación con la voluntad de Dios, aparece ese tema concreto; sea para pedirle indiferencia (EE 23, 169, 337, 344) o para que pida la gracia de ser llamado a una mayor pobreza en seguimiento de Jesucristo (EE 98).

«De acuerdo con el Principio y Fundamento (EE 23) la salvación no se juega en el nivel de asentimiento intelectual o especulativo al fin del hombre sino en el nivel de la opción por los medios»<sup>8</sup>.

Junto al tema *pobreza/riqueza*, aparece casi siempre el de *honor/deshonor*. Como observa A. Chércoles la bandera de Jesucristo tiene escalones: pobreza, desprecios, humildad. Siempre aparecen las dos parejas cuando hay un cruce con la vida de Cristo. No aparece en primera semana, pero, a partir de la segunda, se hace obsesivo. *Riqueza/honores* son bienes que focalizan los temas de posesividad y de imagen que pueden dinamizar nuestros deseos. No es un heroísmo sino un privilegio: «La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno»<sup>9</sup>.

Las opciones concretas pasan también por lo económico y nacen de la elección; son la «codificación» del amor que existe en la opción fundamental. Sólo la objetividad o «codificación» de la opción fundamental permite medir la autenticidad de ésta.

### Mirando a los profetas

El comienzo del Profetismo supone un descubrimiento sorprendente para Israel de la *responsabilidad del hombre*. Esta pos-

<sup>8</sup> *Id., id.*, 107.

<sup>9</sup> *Carta a los de Padua*, 39.

tura supuso una ruptura con las tradiciones sacrales que insistían en la gracia incondicional de Yahvé.

Los profetas son mucho más conscientes del papel que juega la libertad del hombre en la relación con Dios. Su aventura comienza con la conciencia de la llamada de Yahvé a un ministerio peligroso: han sido elegidos para Él pero la decisión de aceptarlo les pertenece (Is 6,8).

Dios da importancia a la actuación del hombre, espera de él una respuesta concreta.

El pensamiento sacral anterior al movimiento profético y que encontramos reflejado en los textos J, insistía en los límites del hombre, en su incapacidad para salir por sí mismo de su condición terrestre inferior. Los profetas muestran también al hombre débil, constatan su reincidencia en la infidelidad, pero esta debilidad no es determinismo: procede de un rechazo voluntario de la gracia y no excluye la posibilidad de conversión.

Aunque denuncian el pecado, los profetas, son, ante todo, testigos de un Dios que cree en el hombre, que quiere entablar una *relación de alianza* con él. La relación Dios/hombre es bilateral: la exigencia de Yahvé no tiene sentido más que si se dirige a un ser capaz de escoger su respuesta y, por lo tanto, de rechazar la llamada.

Los profetas subrayan que es Israel quien escoge su propia perdición:

«Por vuestra culpa Sión será un campo arado, Jerusalén será una ruina, el monte del templo un cerro de breñas» (Mi 3,12).

«A vosotros solos escogí entre todas las tribus de la tierra, por eso os tomaré cuentas por todos vuestros pecados» (Am 3,2).

Esto supone una antropología que da importancia a *la libertad de elección*. El hombre es, ante todo, un ser libre y responsable de sus actos para lo bueno y para lo malo y en esto consiste su grandeza única entre todas las criaturas.

La novedad de los profetas está en que revelan de una manera apremiante a Israel que la respuesta que Dios espera de su libertad no se da en el culto sino, fundamentalmente, *en la justicia* y convierte a ésta no sólo en un valor humano, sino en una exigencia trascendente, en algo que no es sólo relación entre un hombre y su prójimo, sino un acto que implica a Dios.

«En otras religiones, los atributos divinos son sólo poder, omnisciencia, infinitud, pero lo tienen disociado de la moralidad. Para los profetas, los atributos de Dios son empujes, desafíos, mandamientos. Dios jamás es neutral, nunca está más allá del bien y del mal: siempre es parcial para la justicia»<sup>10</sup>.

### III

#### EL PECADO DEL HOMBRE

Consecuencia de la convicción de Ignacio sobre la libertad humana es esta otra: *el hombre es capaz de desorden, de pecado, tanto en el terreno de sus acciones como en el de sus deseos y de su sensibilidad*. Por eso necesita convertirse y ordenarse y esta tensión de la libertad da una *estructura conflictiva* a la vida humana.

El hombre está afectado desordenadamente por las cosas, limitado en sus potencias naturales y tiene dificultad para abrirse a Dios; capta con menos fluidez la realidad de Dios y su voluntad, fabula, introyecta cosas espirituales que no vive. Toma lo que es medio de servicio como fin y el fin como medio y se engaña llamando voluntad divina a lo que no es sino expresión de su desorden.

La estrategia de Ignacio ante el desorden se expresa en tres pasos:

1.º *Reconocerlo*. El mundo interior es lábil y escurridizo, por eso la insistencia de Ignacio en pedir la lucidez, en poner al ejercitante ante la sospecha que le ayude a entrar en discernimiento porque hay dinamismos que aparecen «bajo especie de bien» (EE 10) pero son «astucia y engaños del mal caudillo» (EE 139).

También las binas *riqueza/pobreza, honor/deshonor* aparecen como susceptibles de engaño. La codicia, el tener para cubrir la vaciedad interna y el querer aparentar ser, pueden llevar al hombre a vivir de mentiras, de imágenes falsas que se alejan realmente de su propia pobreza. Para Ignacio el dinero ahoga el sentido de

<sup>10</sup> A. J. HESCHEL, *o.c.*, p. 133.

la propia contingencia, falsea las relaciones, rompe la relación con el otro, ahoga el sentido de la filiación, de la creaturidad y sitúa en la mentira<sup>11</sup>.

Darse cuenta de estos dinamismos es el objetivo de la meditación de las dos banderas (EE 136-148) y de las reglas de discernimiento.

También *el examen* tiende a revelar el sentido del pecado. No es una introspección moralizante porque para Ignacio es evidente que sólo Dios puede revelar plenamente el pecado al hombre. No se reconocen las faltas hasta que no se realiza la conversión y este reconocimiento tiene que llegar hasta el fondo del corazón, hasta el dolor y las lágrimas por los pecados (EE 55, 65, 63, 82). La mirada sobre el pecado a la luz de Dios produce confusión, vergüenza, arrepentimiento (EE 58) pero, al mismo tiempo, confianza y deseo de generosidad.

2.º *Aborrecer*. Esta es la segunda estrategia de Ignacio ante el desorden y supone una reorientación de la sensibilidad que se incorpora definitivamente a la persona. Para A. Chércoles en la sensibilidad se da la culminación del proceso totalizante del hombre.

3.º *Amar el orden*. El orden del afecto consiste en la *indiferencia*; el orden de la vida consiste en el apasionante servicio a la voluntad divina. La indiferencia es condición para la *preferencia* y toda la espiritualidad ignaciana descansa en esta distinción de las dos ordenaciones y al mismo tiempo en su articulación mutua<sup>12</sup>.

Poner en práctica estas estrategias supone, normalmente, vivir en una cierta tensión de lucha que corresponde a otro presupuesto de Ignacio y es el de la *estructura conflictiva de la vida humana*. La vida misma de Ignacio está marcada por el conflicto: en Alcalá, en Salamanca, en París, en Venecia, en Roma... Pero lo que él intenta dejar muy claro a lo largo de los Ejercicios es que la preferencia por el seguimiento de Jesús pobre y humilde llevará al ejercitante a opciones conflictivas, porque la vida cristiana es una encrucijada y un campo de lucha (EE 135).

---

<sup>11</sup> A. CHÉRCOLES, *Curso dictado en Granada, septiembre 1986*.

<sup>12</sup> R. ANTONCICH, *o.c.*, p. 23.

## Mirando a los profetas

Para ellos la sociedad humana está marcada por un *profundo desorden*: en el plano de las relaciones internacionales, es el reino de la violencia (Am 1,3-2, 3; Is 7,5-6; Jer 46,7-9) y del orgullo megalómano de las grandes potencias (Is 10,5-14; 18,1-2; Jer 48,14-17; Ez 26,17, etc.); bajo el punto de vista de la sociedad israelita, es el espectáculo generalizado de la opresión, la injusticia y de la corrupción (cfr. sobre todo, Amós, Isaías y Miqueas).

Por otra parte, el culto, descomprometido de la justicia, desempeña un papel alienante porque el hombre lo utiliza como un refugio en el que cree encontrar un contacto directo y auténtico con Dios, pero se engaña a sí mismo porque Dios rechaza la distancia entre un espacio sagrado y otro profano (Am 5,22-25; Os 4,1-15) y el culto puede convertirse en mentira en la medida en que Israel rechaza vivir según la justicia y la fe (Is 1,13-18).

Este tema del *autoengaño* es frecuente en los textos proféticos:

«Sus mentiras los han extraviado...» (Am 2,4).

«Hemos puesto la mentira por refugio nuestro y en el engaño nos hemos escondido» (Is 28,15).

«¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal!, que dan oscuridad por luz y luz por oscuridad; que dan amargo por dulce y dulce por amargo» (Is 5,20).

«No les permiten sus obras volver a su Dios pues espíritu de prostitución hay dentro de ellos y no conocen a su Dios» (Os 5,4).

La *ambición* por el dinero y el orgullo son las dos principales causas de la conducta injusta que aleja de Dios e insensibiliza para la relación fraterna.

«¡Ay de los que juntáis casa con casa y campo con campo, anexionáis hasta ocupar todo el sitio y quedaros solos en medio del país! (...). Sólo hay arpas y cítaras, tímpano y flauta entre libacinos y no contemplan la obra de Yahvé, no ven la acción de sus manos» (Is 5,8.12).

«Acostados en camas de marfil, arrellanados en sus lechos, comen corderos del rebaño (...) beben el vino en copas, con aceite exquisito se ungen, mas no se afligen por el desastre de José» (Am 6,4-6).

La peor consecuencia del pecado es el *embotamiento de la sensibilidad*:

«Haz torpe el corazón de este pueblo y duros sus oídos y pégalos los ojos, no sea que vea con sus ojos y oiga con sus oídos y entienda con su corazón y se convierta y se le cure» (Is 6,10).

Por eso los profetas recurren a la amenaza, a la lamentación, a la queja, a las invectivas, a la súplica para intentar sacudir el corazón de Israel. Le recuerdan lo que ha sido la obra de Yahvé con él y su respuesta:

«Yo os hice subir a vosotros del país de Egipto y os conduje por el desierto durante cuarenta años..., pero vosotros...» (Am 2,10).

«Cuando Israel era niño yo lo amé y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se apartaban de mí» (Os 11,1).

«¡Pueblo mio! ¿Qué te he hecho? ¿En qué te he molestado? ¡Respóndeme! ¿En que te hice subir de Egipto y de la casa de servidumbre te rescaté?» (Mi 6,3).

La fuerza de esta palabra que es más fuerte que ellos (Jer 20,9) y su fidelidad a ella, hará de los profetas *hombres conflictivos* y su sufrimiento y su fracaso serán la consecuencia de su obediencia a esa palabra que resultó insoportable para Israel. Amós es expulsado del reino del Norte (Am 7,12-13); Isaías no fue escuchado ni por Acáz ni por Ezequías; el libro de Jeremías relata los sufrimientos del profeta a causa de su mensaje; de Urías, otro profeta de su tiempo, sabemos que fue ejecutado (Jer 26,20-23).

Sólo en un pequeño círculo de discípulos y simpatizantes se escuchó su mensaje inquietante y radical y sólo después de mucho tiempo comenzó a comprobarse que la Palabra sembrada no quedaba vacía (cfr. Is 55,10).

#### IV

#### «EN TODO AMAR Y SERVIR»

Una última consideración sobre la espiritualidad ignaciana nos lleva a afirmar que, para él, *el hombre puede vivir ya en esta vida*

*de un modo nuevo, puede mirar, sentir, vivir la realidad de una manera ordenada.*

Este es el horizonte que abre Ignacio al ejercitante en la cuarta semana, cuando experimenta que el resucitado hace con él «el oficio de consolar» (EE 224) y en la Contemplación para alcanzar amor (EE 230), que vuelve transparente la creación hasta el punto de que el hombre puede ver, experimentar y amar a Dios en todas las cosas (EE 233, 235, 236) y todas las cosas en Dios (EE 237, 316).

*Honores y riquezas* se convierten en un don: lo que antes era una trampa ahora es un medio para salir de sí mismo. La fe hace vivir la realidad como comunicación; *la reverencia y el acatamiento* posibilitan estar ante las cosas sin acapararlas<sup>13</sup>.

El hombre es imagen y templo de Dios (EE 235) en el que Dios vive y trabaja (EE 235,236) y al que quiere darse en cuanto sea posible (EE 234), hasta el punto de que su sabiduría, paciencia y bondad vienen a albergarse en él.

Los cronistas de las últimas etapas de la vida de Ignacio dan testimonio de cómo para él ya no existía nada profano; sólo había cosas sagradas, porque Dios le manifestaba su presencia y su actividad a través de todas ellas. Vivía en un mundo que se había vuelto realmente transparente, lo que le permite mezclar lo serio con un amable sentido del humor (*Ep.* VI, 357-359), una penetrante mirada en los misterios de Dios y un profundo sentido común, junto con una sabiduría llena de ternura (*Ep.* I, 495-510; XII, 151-152). Ignacio es ya un hombre *compuesto y ordenado*<sup>14</sup>, él, que se había preguntado en los comienzos de su conversión: «¿Qué nueva vida es ésta?» (*Autob.* 21).

### **Mirando a los profetas**

La posibilidad de *otra forma de vida*, de auténtica Vida, aparece vigorosamente en los profetas de Israel, aun en aquéllos en los que las amenazas y las invectivas son más perentorias.

*Esperan* una relación verdadera con Yahvé que se encarne en

<sup>13</sup> A. CHÉRCOLES, *o.c.*

<sup>14</sup> W. PETERS, *o.c.*, p. 43.

opciones sociales y políticas, no sólo religiosas, y una renovación de las relaciones humanas y de las condiciones de existencia de los humildes. *Creen* en una evolución positiva de la sociedad y trabajan con todas sus fuerzas para conseguirla:

«Me casaré contigo para siempre, me casaré contigo a precio de justicia y derecho, de afecto y cariño. Me casaré contigo a precio de fidelidad y tú conocerás a Yahvé» (Os 2,23-24).

«Cambiaré la suerte de mi pueblo Israel: reconstruirán ciudades arruinadas y las habitarán, plantarán viñedos y beberán su vino, cultivarán huertos y comerán su fruto. Los plantaré en su tierra y ya no les arrancarán de la tierra que les di» (Am 9,14-15).

«Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, un resto de Israel que se acogerá al Señor...» (Sof 3,12).

«Acreciste la alegría, aumentaste el gozo: se gozan en tu presencia como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín» (Is 9,2).

«Ya no se esconderá tu Maestro, tus ojos verán a tu Maestro si desviáis a la derecha o a la izquierda, tus oídos oirán una palabra a tu espalda: "Ese es el camino, caminad por él".» (Is 30,20-21).

Poco a poco Israel va tomando conciencia de que esa *novedad de vida* no será sólo fruto de su esfuerzo, sino obra de un cambio profundo interior que el mismo Yahvé realizará en su pueblo:

«Así será la alianza que haré con Israel en aquel tiempo futuro: meteré mi ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo; ya no tendrán que enseñarse mutuamente diciendo: "Tienes que conocer al Señor" porque todos, grandes y pequeños me conocerán, oráculo del Señor, pues yo perdono sus culpas y olvido sus pecados» (Jer 31,33-34).

## V

### «PROFETICOS E IGNACIANOS»: SUGERENCIAS PARA HOY

La tradición profética y la ignaciana que acabamos de confrontar tienen algo contingente que se agotó en las circunstancias históricas en que nacieron, pero tienen también *algo perenne* y nuestra tarea es re-crear hoy lo que ambas pueden comunicarnos de su riqueza.

Hoy se trata de convertir en *camino* lo que en ellos fue *utopía* y aquellos que deciden recorrerlo (o «ser recibidos» en él...), tratan de vivir algunos rasgos que hacen de ellos hombres y mujeres:

## 1. Alcanzados

«Yo no soy profeta ni del gremio profético; soy ganadero y cultivo higueras. Pero el Señor me arrancó de mi ganado y me mandó ir a profetizar a su pueblo, Israel» (Am 7,14-15).

«Me sedujiste, Señor y me dejé seducir; me forzaste, me violaste» (Jer 20,7).

«... sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo» (*Autob.* 96).

Existe en los profetas y en Ignacio una experiencia mística común: la de haber sido *alcanzados* por Dios. Se trata de la misma experiencia a la que aludirá Pablo: «...continúo mi carrera por ver si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús» (Fil 3,12).

En el origen de nuestra historia de seguimiento de Jesús existe también siempre la memoria de cómo su gracia nos dio alcance y el asombro de haber sido buscados y perseguidos por un amor incansable e insensato, porque en el fondo nunca creemos valer el esfuerzo de esta persecución.

Leer la vida entera desde ahí puede cambiarnos sus claves, puede conseguir que perdamos el miedo a seguir expuestos a la mano del Señor que nos sigue agarrando, a su voz que nos sigue des-concertando a través de las pequeñas o grandes voces de aquellos a los que intentamos servir.

Quizá el recuerdo de la experiencia original de nuestro encuentro con el Señor nos libre de la tentación de escondernos detrás de las barreras de la inofensiva trivialidad o de creernos protegidos por las nuevas formas del consumismo religioso.

Quizá la marca de haber sido alcanzados nos revele, por fin, que el pecado es la ausencia de herida y que el secreto de la vida humana no es ponerla a salvo sino hacerla vulnerable.

## 2. Alterados

«Te invadirá el espíritu del Señor, te convertirás en otro hombre» (1 Sm 10,6).

«Y esto fue de tal manera de quedar con el entendimiento ilustrado que le parecía como si fuese otro hombre» (*Autob.* 30).

El contacto con el Otro (el *Alter* con mayúscula), alteró a los Profetas y a Ignacio e hizo de ellos «alteradores» de las estabildades de sus respectivas épocas.

Es ese contacto con el Otro, con los otros, lo que puede hacer de nosotros hombres y mujeres *alterados* en nuestro ser y nuestro hacer. Es propio de los sistemas dominantes fabricar ciudadanos «homologados», conformes, confortablemente instalados en un narcisismo y en una uniformidad sin riesgos, con una pregunta única sobre el «para qué» de las cosas.

De ahí la extraña inactualidad, la insoportable incomodidad de los que se atreven a presentar alternativas (otra información, otro orden económico, otros modos de ejercer el poder, otro tipo de relaciones entre hombres y mujeres, otra forma de entrar en contacto con la naturaleza...) y a preguntar «por qué».

De ahí la necesidad urgente de que siga existiendo esta gente alterada que manifieste sencillamente, modestamente su disidencia.

«Los atravesé con mis profetas» (Os 6,5): una sociedad en-sismada experimentará como un peligro la presencia de los enajenados y éstos se sentirán en éxodo permanente porque allí donde no tienen sitio los *otros* (los de *otros* lugares, *otra* cultura, *otro* status, *otro* nivel adquisitivo) tampoco lo tienen aquellos a quienes ha arrastrado esa forma definitiva de *alteración* que es la *solidaridad*.

## 3. Lúcidos

«Hijo de Adán, te he puesto como centinela de la casa de Israel» (Ez 3,17).

«...sintiendo y viendo, no en oscuro, mas en lúcido y mucho lúcido...» (*Diario Esp.* 121).

La lucidez constituye un rasgo común de los Profetas y de Ignacio de Loyola. En un Israel sacralizado y estabilizado sobre situaciones de injusticia, adormecido por consignas tranquilizantes («¡Templo del Señor, templo del Señor!», Jer 7,4; «“Paz, paz” y no hay paz», Jer 23,17), los profetas viven desvelados y vigilantes, al tanto de los vaivenes de la política, de las alianzas, de las realidades sociales.

Ignacio, por su parte, será el gran clarividente en la historia de la espiritualidad, el descubridor de estratagemas y autoengaños.

Hoy la irrelevancia y la intrascendencia de la posmodernidad tejen en torno a nosotros mallas sutiles de inconsciencia y el precio de ser razonables y vivir tranquilos consiste en resignarse a ser miopes.

Por eso es *tiempo de lucidez* y misión de los creyentes en Jesús, y por lo tanto lúcidos en su luz, el vivir despiertos para no confundir al Dios de vida con los ídolos inertes, para no olvidar que la realidad tiende a ocultarse a sí misma, a relativizarse, a disimular que en la humanidad la mayor parte vive en la miseria y amenazada de muerte<sup>15</sup>, para recordarnos que, según Ignacio y los profetas, el tener, el saber y el poder nos estropean, salvo raras excepciones.

Hacen falta hombres y mujeres limpios de corazón que sepan plantear la espiritualidad fuera de un círculo puramente espiritual en el que se da un rodeo eficaz ante la realidad humana, gente lúcida como para ver que «la ubicación en el mundo no es cosa secundaria y accidental porque en ello nos va la capacidad de conocer y actuar correctamente»<sup>16</sup>. Aunque ese conocer y ese actuar lleven a hacer gestos insólitos como Isaías paseando desnudo y descalzo por las calles de Jerusalén (Is 20,2) o como Ignacio, deseando pobreza más que riqueza o deshonor más que honor (EE 166) y exhortando a «ser tenidos y estimados por locos» (Const. 101).

Y es que *en esa locura está la verdadera lucidez* y la verdadera sabiduría.

<sup>15</sup> J. SOBRINO, «Espiritualidad y liberación», *Cuadernos de Noticias Obreras*, n. 9, septiembre 1985, p. 16.

<sup>16</sup> *Id.* 18.

#### 4. Resistentes

«Yo aguardaré al Señor que oculta su rostro a la casa de Jacob y esperaré en El. Y yo con mis hijos, los que me dio el Señor, seré signos y presagios para Israel» (Is 8,17-19).

«... sólo que no se corrompa el sujeto» (EE 84).

El «no» profético a las tradiciones anquilosadas de Israel se probó en el crisol de una *larga resistencia* a la contradicción y al fracaso. La misma que necesitó Ignacio, con un talante más posibilista, más pedagógico, para *mantener* en tiempos eclesialmente difíciles la novedad y la autenticidad de un estilo de vida que parecía revolucionario.

«Ser cristiano es vivir en la resistencia, pasarse a ella»<sup>17</sup> y hoy necesitamos volver a familiarizarnos con la «ley del período largo» del evangelio que cuenta con la lentitud con que la levadura va fermentando la masa o con que la semilla se abre paso a través de la tierra.

Ser resistentes significa también recordar que la dinámica del Reino no suele coincidir con la nuestra, que en él lo que cuenta no es la eficacia inmediata sino la gratuidad, la espera paciente y esperanzada la activa receptividad, la conciencia de que todo es don.

La resistencia añade el *talante sapiencial* al ímpetu profético. Nos recuerda que «para que no se corrompa el sujeto» necesitamos cuidarlo con dosis sensatas de humor, de sentido común, de apoyo en los amigos, de lectura atenta de la historia de ayer para no tomarnos demasiado trágicamente lo de hoy.

Y por debajo de todo esto, las raíces y cimientos de la inquebrantable y pequeña esperanza. Una esperanza que se apoya en Aquel que, a pesar de todo, apostó, como Ignacio, como los profetas, a la vez por Dios y por el hombre. Y parece ser que acertó.

---

<sup>17</sup> J. I. GONZÁLEZ FAUS, «Lo imposible se hace posible en Jesucristo», *Pastoral Misionera*, 130, septiembre-octubre 1983, p. 423.